

Laboral y repetida en la Casa de Cultura de la capital de la provincia. ¿Se publicarán alguna vez estas monografías de D. Julio? ¿Habrán alguien con capacidad y constancia suficientes para continuar y concluir esa incompleta sinfonía de investigación y estudio de nuestras cosas pretéritas?

* * *

La última obra de D. Julio es esta capilla de Santa María dedicada a Batisterio. Conocía él, buen catador de la Historia y del Arte, la importancia que un «Bautisterio» —¡maravillas de Pisa y Florencia!— tiene en la arquitectura religiosa. Y a su mente acudió la idea restauradora: un cielo de querubines y tres grandes cuadros en el testero principal y paredes laterales, cuyos asuntos serían: «El Bautismo de Cristo», «La Presentación del Niño Jesús, o Purificación de Nuestra Señora» y «El bautismo del eunuco de la Reina de Saba por el diácono Felipe». Algo original dentro del purismo del arte religioso y siempre lógicamente limitado por el testimonio evangélico y la tradición apostólica.

Faltaba el artista que hiciese realidad el proyecto de D. Julio, el hombre poseedor de esas raras cualidades que son técnica y dominio, originalidad y valentía, junto a la sumisión libre —valga la paradoja— a quien piensa y proyecta, estimula y dirige. Ese artista ha sido Vicente Martín, un manchego auténtico, especializado en pintura religiosa, preparado con la base de una vocación, la firmeza de unos estudios, el rigor de un aprendizaje, la experiencia adquirida en viajes, exposiciones y contactos con los grandes maestros y la consecuencia lógica de unos contrastes clásicos y eternos con el ritmo actual y modernista, del que no es posible abdicar.

Ahí están, ya colocados, los dos primeros cuadros de Vicente Martín: «El Bautismo de Cristo», al que dedicamos en su tiempo un amplio comentario en el diario provincial, y este último de la «Presentación en el templo» en cumplimiento de la Ley Mosaica, porque según el Levítico, toda mujer israelita a los cuarenta días de la maternidad debía purificarse, ofreciendo en el Templo un cordero y un pichón, o, si era pobre dos palomas o dos tórtolas. La escena concebida por D. Julio siguiendo al pie de la letra el relato evangélico de San Lucas, ha sido plasmada en realidad por el artista, en este magno conjunto donde aparecen hasta once figuras de tamaño natural: la Virgen con el Niño, San José portando la ofrenda, tres doncellas con instrumentos musicales, la vestal portadora del cirio, la viejecita Ana de don profético en quien se simboliza a la santa mujer cristiana de todos los siglos, tres hebreos acompañantes y el anciano Simeón, varón justo y piadoso,



que llegó enviado por el Espíritu Santo y profetizó la Redención en su himno

«Ahora, Señor, dejas ir a tu siervo en paz, según tu palabra, porque **vieron** mis ojos **tu salvación**, la que preparaste **ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles** y gloria de tu pueblo, Israel».

Falta aun el tercer cuadro, cuyo asunto está narrado en los «Hechos de los Apostoles» y completará el soberbio conjunto de esta magna capilla bautismal de Santa María la Mayor. Dentro de unos meses, nos dicen, será concluido.

Y entonces, cuando la última obra de D. Julio esté definitivamente coronada, consideramos llegado el momento de ese homenaje postumo que todos le debemos: la publicación de sus inéditos trabajos de investigación daimieleña y el recuerdo cálido de alguno de sus íntimos y colaboradores, para cerrarlo el mismo D. Julio, escuchando nuevamente su voz, conservada como preciada reliquia en una cinta magnetofónica.

Es lo menos que podríamos hacer como tributo de admiración y cariño, piedad filial y respeto, a la memoria de aquel sacerdote ungido con las más preclaras virtudes.

